

SEDE APOSTÓLICA  
COMITÉ PONTIFICIO PARA LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES  
*Carlos Amigo Vallejo, Cardenal-Arzobispo de Sevilla (España)*

## Conferencia

48º CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL 2004 - GUADALAJARA (MÉXICO)

# La fe en la Eucaristía: luces y sombras en Europa

11 de octubre de 2004

---

*«He podido celebrar la santa misa en los lugares más diversos —dice Juan Pablo II— y ello me hace experimentar el carácter universal de la Eucaristía, que se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación» (Ecclesia de Eucharistia, 8).*

El sentido universal, la catolicidad de la Eucaristía puede ser *«sentida como una sinfonía de las diversas liturgias en todas las lenguas del mundo, unidas a una única liturgia, o como un coro armonioso que, sostenido por las voces de inmensas multitudes de hombres, se eleva según innumerables modulaciones, timbres y acordes para la alabanza de Dios, desde cualquier punto de nuestro globo, en cada momento de la historia» (Slavorum apostoli, 17).*

Alabanzas sin fin son las que se pueden hacer ante el admirable misterio de la Eucaristía, pero *«junto a estas luces, no faltan sombras. En efecto, hay sitios donde se constata un abandono casi total del culto de adoración eucarística. A esto se añaden, en diversos contextos eclesiales, ciertos abusos que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento. Se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no*

ecumenistas y conciliadoras, pero que han desvirtuado el sentido de la comunión eclesial que nace de la Eucaristía.

Ante los muchos problemas que agobian a los hombres y a las comunidades cristianas de Europa, Juan Pablo II responde que solamente en Cristo *«podemos encontrar una de las respuestas más rotundas que nuestras comunidades han de dar a una religiosidad ambigua e inconsistente. La liturgia de la Iglesia no tiene como objeto calmar los deseos y los temores del hombre, sino escuchar y acoger a Jesús que vive, honra y alaba al Padre, para alabarlo y honrarlo con él. Las celebraciones eclesiales proclaman que nuestra esperanza nos viene de Dios por medio de Jesús, nuestro Señor»* (Ecclesia in Europa, 71).

La Iglesia en Europa, en su peregrinación por la historia, acude a la Eucaristía, *«fuente y cima de toda la vida cristiana»*, y allí encuentra el manantial de la esperanza (cf. *ibíd.*, 75). Solamente mirando a Cristo, Europa podrá hallar la única esperanza que puede dar plenitud de sentido a la vida. Jesús está presente, vive y actúa en su Iglesia, sobre todo en la Eucaristía, que es el *mysterium fidei* que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe (cf. *ibíd.*, 22).

*«En el contexto de la sociedad actual, cerrada con frecuencia a la trascendencia, sofocada por comportamientos consumistas, presa fácil de antiguas y nuevas idolatrías y, al mismo tiempo, sedienta de algo que vaya más allá de lo inmediato, a la Iglesia en Europa le espera una tarea laboriosa y apasionante a la vez. Consiste en descubrir el sentido del "misterio"; en renovar las celebraciones litúrgicas para que sean signos más elocuentes de la presencia de Cristo, el Señor; en proporcionar nuevos espacios para el silencio, la oración y la contemplación; en volver a los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia, como fuente de libertad y de nueva esperanza»* (*ibíd.*, 69).

Juan Pablo II no duda en decir que *«la verdadera renovación, más que recurrir a actuaciones arbitrarias, consiste en desarrollar cada vez mejor la conciencia del sentido del misterio, de modo que las liturgias sean momentos de comunión con el misterio grande y santo de la Trinidad. Celebrando los actos sagrados como relación con Dios y acogida de sus dones, como expresión de auténtica vida espiritual, la Iglesia en Europa podrá alimentar verdaderamente su esperanza y ofrecerla a quien la ha perdido»* (*ibíd.*, 72).

Parece como si el presumir de indiferencia religiosa se hubiere puesto de moda y el no comprometerse con religión alguna fuera un valor de modernidad y el declararse agnóstico fuera más recomendado que el ser creyente (cf. *Ecclesia in Europa*, 7).

Ante esta situación, ofreceremos el testimonio de la Palabra, los signos de nuestra fe, el comportamiento coherente con la creencia que vivimos. No se trata de imponer sino de compartir. Así nos lo recomendaba Jesús: *«Vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio»* (Jn 15,27).

Nuestros fieles viven en la parroquia, que es *«una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del sacrificio eucarístico»* (*Ecclesia de Eucharistia*, 32). *«La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo»* (ibíd., 1). No podía ser de otra manera, pues la comunidad cristiana tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía (ibíd., 33).

Esa indiferencia secularista lleva a la actitud de pensar que da lo mismo creer que no creer, practicar que no practicar, vivir una fe que no tener alguna. Le corresponde, pues, al cristiano mostrar la alegría y la "seguridad" de la fe. Entusiasmarse con el propio entusiasmo. *«Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza»* (1P 3,15). Así nos lo recomienda san Pedro.

Ese testimonio cristiano que brota gozoso de nuestra alabanza eucarística: ¡Proclamamos tu resurrección! *«Si hoy Cristo está en ti, él resucita para ti cada día»*, según la acertada expresión de san Ambrosio. La participación en la Eucaristía *«es una verdadera confesión y memoria de que el Señor ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro»* (*Ecclesia de Eucharistia*, 14). *«En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día" (Jn 6,54). Esta garantía de la resurrección futura proviene de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el "secreto" de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquía definía con acierto el Pan eucarístico "fármaco de inmortalidad, antídoto*

*de los dos discípulos de Emaús: "Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron" (Lc 24,31)» (cf. Ecclesia de Eucharistia, 6).*

Hay un extraño "culto" sin Dios. Sin memoria religiosa. Un imperante laicismo que quiere convertir lo religioso en mero vestigio del pasado (cf. *Ecclesia in Europa*, 7). Tendremos, pues, que hacer ver la verdadera razón de actos, celebraciones y conductas. Tener a Dios en el corazón y los labios. «*Haced esto en memoria mía*» (Lc 22,19). No podíamos tener, para ofrecerla, otra mejor razón. Esto es lo que hemos recibido y lo que transmitimos: «*Que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío. Asimismo también la copa después de cenar diciendo: Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la beberéis, hacedlo en recuerdo mío. Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga*» (1Co 11,23-26).

Existe una desconexión entre el mensaje evangélico y la experiencia cotidiana que produce un "creyente" sin práctica y un "practicante" sin fe, encerrando la creencia en el ámbito de lo estrictamente privado.

Se necesita una incuestionable lealtad y un testimonio vivo, confesante y público que manifieste la unidad entre lo que se cree y se vive, así como la referencia a una comunidad de pertenencia: la Iglesia. «*Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados*» (Mt 10,27). «*Vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre, porque a este es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello*» (Jn 6,26-27).

La Eucaristía es comunión íntima y perfecta entre la fe y la vida, entre Dios y el hombre. «*La Iglesia, mientras peregrina aquí en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles. Para ello, cuenta con la Palabra y los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, de la cual "vive y se desarrolla sin cesar", y en la cual, al mismo tiempo, se expresa a sí misma. No es casualidad que el término "comunión" se haya convertido en uno de los nombres específicos de este sublime*

solidaridad interpersonal. Muchas personas, aunque no carezcan de las cosas materiales necesarias, se sienten más solas, abandonadas a su suerte, sin lazos de apoyo afectivo (cf. *Ecclesia in Europa*, 8).

El camino de la Iglesia pasa por el hombre. Tendremos que buscar y acompañar a la persona, especialmente a la débil y olvidada. *«Un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión»* (Lc 10,33).

*«Aunque la visión cristiana fija su mirada en un "cielo nuevo" y una "tierra nueva", eso no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente. (...) En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del "lavatorio de los pies", en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. Jn 13,1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como "indigno" de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres»* (*Ecclesia de Eucharistia*, 20).

El nihilismo puede extenderse como una plaga nefasta. Nada vale nada. Disfrutar sin límite de lo inmediato. Relativismo de conocimiento y de vida moral. Pragmatismo llevado hasta el hedonismo cínico en la existencia diaria (cf. *Ecclesia in Europa*, 9). Ante ello, ofreceremos un sentido trascendente de la vida, valorando justamente las personas, las ideas, los principios y anunciando a todos que *«la Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo»* (Jn 1,9).

*«Anunciar la muerte del Señor "hasta que venga" (1Co 11,26) comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo "eucarística". Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: "¡Ven, Señor Jesús!"»* (*Ecclesia de Eucharistia*, 20).

Falta, también, la perseverancia. Hay una especie de intermitencia en la práctica cristiana. Poco compromiso con la Iglesia, con la parroquia... No reconocimiento de la perseverancia...

en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu (cf. *ibíd.*, 17); la Iglesia vive del Cristo eucarístico, de él se alimenta y por él es iluminada, la Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, misterio de luz (cf. *ibíd.*, 6); culminación de todos los Sacramentos, en cuanto lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo (cf. *ibíd.*, 34); el banquete eucarístico es verdaderamente un banquete «*sagrado*», en el que la sencillez de los signos contiene el abismo de la santidad de Dios (cf. *ibíd.*, 48); tenemos en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor; compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo «*eucarística*» (cf. *ibíd.*, 20); colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, eleva la experiencia de fraternidad (cf. *ibíd.*, 24); expresa este vínculo de comunión invisible que, en Cristo y por la acción del Espíritu Santo, nos une al Padre y entre nosotros (cf. *ibíd.*, 35); la Eucaristía, en fin, es «*presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia*» (cf. *ibíd.*, 9).

El reto y la tarea, si de verdad queremos que la Eucaristía sea luz y vida del nuevo milenio en Europa, tiene que buscar sinceramente la fe en Jesucristo y hacer de cualquier realidad un espacio para que allí llegue el reino de Dios. «*Ciertamente, el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano*» (*Populorum progressio*, 42).

Nuestras luces no pueden ser otras que las que dimanan del gran misterio de la Eucaristía, *sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum charitatis*, estas son las luces que brillan en la Eucaristía. Nuestro camino habrá de recorrerse llenos de misericordia, con sencillez y alegría, llevando la cruz y asumiendo la pobreza, que siempre abre la puerta para que pueda entrar en la persona el amor al otro. No olvidarse de llevar en el corazón la ley del Señor. En las manos, la misericordia. En la mirada, la esperanza. En la memoria, el encuentro con los demás. En el rostro: la alegría de saber que ¡Dios es grande!

El secreto: mirar más a Cristo. Más a la llamada que a la dificultad. Más a la esperanza que al desánimo. Muchas de las mujeres que esperaban se durmieron y se extinguió la lámpara. Pero entre las